Cómo me hice lector

ISAAC MONTERO

SI LA MEMORIA NO ME ENGAÑA, en el cuarto de estar de mi casa había un par de librerías.

Una de ellas era un mueble enteramente dedicado a albergar volúmenes impresos; la otra, en cambio, compartía esa función con la de costurero, y bajo los compartimentos donde se ordenaban carretes de hilo, tijeras, dedales y labores inacabadas, corría un largo estante para libros. La doble tarea del mueble la expresaba una lámpara que emergía en su costado izquierdo. Aquella luz valía lo mismo para sanar rotos y descosidos auténticos que para ponerse con los rotos y descosidos de la imaginación.

Tanto la librería como el costurero eran dos muebles racionalistas, airosos y barnizados en negro, que chocaban a mis amigos y a los amigos de mi hermano cuando subían a vernos porque su escueta elegancia no era la habitual en otros mobiliarios. Por si no bastara tanta distinción, vivíamos en Tetuán de las Victorias, uno de los suburbios obreros de Madrid, y la gente del barrio no disponía de muchos muebles, ni leía, ni menos aún guardaba libros en su casa.

El mínimo secreto de las discordancias entre mi hogar y la calle tenía dos caras: una provenía de la profesión de mis padres, ambos maestros de enseñanza primaria; la otra, del origen de su mobiliario. La librería y el costurero los había abocetado y construido un hermano de mi madre, un joven decorador cuyo regalo de boda a su hermana fueron los muebles, realizados en el estilo de vanguardia de la época.

Pero lo que cuenta es que cierro los ojos y me veo en un atardecer invernal sentado en el suelo con un libro. Es de la colección Clásicos Ara-

luce, lo mantengo abierto sobre la mesita baja del centro de la estancia, y siento a mi hermano Juan al lado, también embebido en un tebeo. Mi madre está enfrente, cabe la lámpara del costurero, y debe de preparar alguna clase, ya que sobre las rodillas mantiene abierto su gran cuaderno de apuntes. Al tiempo teje una labor de lana. Supongo que se anunciaba el tercero de mis hermanos, y que mi madre tejía jerseys y patucos.

PIENSO QUE ESTA SUAVE LUZ de interior descubre por sí sola cómo me aficioné a la lectura. No obstante, añadiré algunas imágenes más al cuadro inicial.

En una de ellas me veo también junto a mi hermano Juan. Estamos en la cama, y mi padre, que entró a darnos las buenas noches, se sienta en el borde de la mía y nos recita un romance, el de *La loba parda*, que años después recitaré a mi primer nieto. En otro momento, ahora en la calle, a principios del verano, la pandilla del barrio dejamos pasar las duras horas del mediodía sentados a la sombra de un par de higueras, y yo leo un mugriento tebeo de alquiler en voz alta, ya que a mis amigos les cuesta leer. En otra más, en el colegio, quizá en los finales del bachillerato, mi compañero de pupitre me pasa con sigilo una novela que escondo entre textos y cuadernos escolares.

Hay un último relámpago, a cuya luz advierto que volví a crecer y que quizá corresponda al último año del bachillerato. Estoy en la Biblioteca Pública de Tetuán, un edificio vecino a mi casa, y el responsable de la biblioteca desciende del estrado desde el que vigila la sala y se acerca con un libro. No es el que yo le pedí a su ayudante, ni tampoco resulta normal que el bibliotecario se acerque a las mesas casi vacías. Llega a mi lado y me tiende el libro. *Te costará dejarlo cada tarde*, musita cuando agarro el volumen, *y no lo olvidarás fácilmente*. Aún veo la portada, simple, sin ninguna viñeta, una sencilla disposición de letras: *Fortunata y Jacinta,* de Benito Pérez Galdós.

CREO OBLIGADO AÑADIR QUE NINGUNA de las bibliotecas de mi niñez rebosaba riqueza.

El núcleo del fondo familiar era el que formara mi madre, que había nacido en Madrid, había vivido siempre en la capital, le gustaba escribir, y compraba libros desde niña. Después, tras la boda, mi padre incrementó un poco las posesiones de su esposa, y enseguida, ya en el curso de la guerra, las compras en los puestos callejeros que poblaron la ciudad sitiada agrandaron considerablemente ese patrimonio. Sólo que pronto llegó el final de la contienda, y con él la biblioteca familiar adelgazó. Mis padres eran habitantes de la zona roja y la familia, que compartía el miedo común a un registro, consideró preferible expurgar los estantes. La limpia la llevó a cabo mi abuelo materno, ya que mis padres no se encontraban en Madrid en marzo de 1939.

Como ocurre en todo naufragio, de aquel expurgo se salvó lo que el azar se dignó respetar, esto es, poca cosa. Así que en los estantes de nuestras librerías había una colección encuadernada en piel de la revista *Blanco y Negro*, una de las más conservadoras de la época; y había asimismo los títulos todos de una colección de autores clásicos de la que sólo recuerdo el gris azulado de la tela en tapas y lomos y la silueta de don Quijote estampada en la cubierta. Junto a unos y otros volúmenes, habían quedado unos cuantos ejemplares de los autores que enseñorearon los años postreros de la monarquía y el periodo de la República: Galdós, Valle-Inclán, Baroja, Lorca... Finalmente, y poniendo en pie esos revoltillos que regalan el perfume de los tiempos inciertos, asomaban gentes tan diversas como Rubén Darío y Juana de Ibarborou, Faulkner y Lino Novás Calvo, José Francés y Erich María Remarque. Novedades, lo que se dice novedades, sólo atisbo una: *La familia de Pascual Duarte*, de Camilo José Cela, que lucía además una dedicatoria de circunstancias a mi madre, ya que mi tío el decorador frecuentaba al entonces joven novelista.

TORNANDO A LOS RECUERDOS con que inicié estas líneas, diré que el hilo que hilvana esas imágenes no es otro que la incitación a la lectura de alguien a quien yo quería en aquellos momentos, o por quien sentía un particular respeto: mis padres, mis amigos del barrio, mi mejor amigo en el colegio de los Agustinos de Reina Victoria, el bibliotecario de Tetuán, dueño y señor de un local sagrado a mis ojos.

Tal vez no quepan más explicaciones, y la única pregunta que se me ocurre de cara a los lectores por venir es la de quién o qué puede relevar, en este mundo en estado de boceto donde se lee tan escasamente, a los padres, a los mejores amigos del barrio y del colegio, a los adultos por quienes se siente a la vez afecto y admiración.

En cualquier caso, señalo un paisaje común y seguramente consabido. Quiero decir por tanto que si leo se debe a que mis padres me ponían un libro en las manos, a que ellos obraban así porque creían en el poder transformador de la lectura, y a que me encandilaron para leer no sólo hablándome del gusto regalado por las líneas impresas, sino sirviéndose del supremo recurso de presentarse ante mí como dioses. ¿Qué criatura se negará a seguir a las benévolas deidades del hogar cuando éstas le entregan un volumen y le enseñan a abrirlo y descifrarlo?

Como me parece todo muy obvio, insisto en lo que señalé líneas arriba: alguien a quien quería y que me quería, y cuyo cariño buscaba por encima de cualquier otra cosa, me entregaba unas páginas impresas, y ese ademán servía para que dejara la diversión de ese momento y me perdiera en un libro.

IGNORO CUÁL FUE EL TÍTULO en el que al fin pude dar sin la ayuda de nadie el prodigioso salto al reino de las ficciones. Cualquier lector

está harto de saber que ese lugar ficticio se asienta en un territorio real, aunque no se sitúe en parte alguna, y que asoma en el horizonte al recorrer las líneas iniciales del volumen que lo guarda. Pero ningún lector ignora que si el viaje a ese ámbito evanescente es tan veloz, tanto que parece instantáneo, se debe a que sus paisajes, sus aromas, sus lluvias y sus remolinos de polvo, sus amaneceres y sus ocasos, sus quebradas y sus umbrías, se extienden hasta los rincones de la propia intimidad, y que por ello resultan vagamente familiares.

Hasta el día de su descubrimiento en un libro, yo, como todo el que lee, sólo había entrevisto ese mundo rendido a mi deseo en los alrededores de la almohada, cuando los ojos se me cerraban pero el sueño tardaba en llegar. Hoy, tras tantos años de reiterar estos trayectos a los libros, puedo asegurar que un viaje de esa naturaleza no resulta fácil de hacer, puesto que sólo cabe llevarlo a cabo con el esfuerzo de la voluntad y los desvaríos de la imaginación. Hay que dejar lo que se tiene entre manos, alejar los ruidos y las luces, por cercanos que estén, trocar un lugar cualquiera en la puerta de entrada al mundo ilusorio escogido, y aguardar a que, abierta la puerta, sintamos la fascinación por lo que nos sale al paso.

A veces, el encuentro ocurre enseguida, pero otras tarda en llegar, y nuestros ojos han de pelear entretanto con palabras envueltas en el temor del abandono. Hasta que de pronto advertimos que la butaca de nuestra casa, o el asiento del metro o el banco de un parque, quedaron lejos y que recorremos el patio de un seminario francés junto a un mozo llamado Julián Sorel, o entramos a un palacio de Moscú tras los pasos de un tipo gordo y tímido de nombre Bezukov. Y así sobreviene el momento milagroso en el cual la respuesta de un personaje, una descripción, la crónica de un suceso, algo, en fin, que está en el libro y nos sorprende, nos empuja a nuestra vida, nos fuerza a mirar alrededor, y entendemos cabalmente una sombra borrosa que hasta ese instante se nos escapara.

Cesare Pavese lo expresa redomadamente bien y a mí me encanta repetirlo en cuanto veo la ocasión. Lo que nos seduce de dos palabras que encontramos en un libro unidas por vez primera, viene a decir el poeta italiano, no es la novedad de su unión, sino la nueva parcela de realidad que esa cercanía verbal ilumina.

Tal es el secreto de la lectura y, eso, que me hizo lector, me mantiene atado a los libros.